

TEMPLO HERMANA TERESA



“La mano de Teresa”

03/05/2025

“La mano de Teresa”

Queridos hermanos y hermanas, en esta Ceremonia de hoy queremos invitarles a detenerse con nosotros un momento. Solo un momento en esta vida agitada, donde muchas veces corremos de un lado a otro sin saber bien hacia dónde ni para qué.

Nuestra Guía, la Hermana Teresa, quiere que hoy nos tomemos un instante para poner nuestras manos en el pecho. Sí, simplemente eso: poner nuestras manos en el pecho. Que nadie se sorprenda si alguna vez nos ven hacerlo. No es un gesto vacío ni un acto sin sentido. Es un acto de memoria, de humildad y de Fe.

Porque cuando ponemos las manos en el pecho, no es al azar:

Es para recordar el camino que estamos llamados a seguir.

Es para recordar a quién debemos escuchar.

Hoy más que nunca, vivimos en un mundo de múltiples voces, de múltiples caminos, de múltiples promesas. Un mundo que a menudo nos confunde, que nos llena de ruidos externos e internos, que nos hace dudar de lo verdadero y nos tienta a olvidar a quien realmente nos guía: Dios.

La Hermana Teresa, en su existencia, solía decir: “Si me ven con las manos en el pecho, no se sorprendan. Es mi manera de no olvidar.”

El pecho es el lugar donde late nuestro corazón. Es el refugio de nuestros sentimientos más sinceros, donde anida la esperanza, la Fe, el amor, pero también las dudas, las heridas y los miedos.

Poner las manos en el pecho es reconocer que dentro de nosotros hay algo más grande que nuestras preocupaciones diarias. Es reconocer que allí, en el silencio de nuestro ser, habla una voz que muchas veces no escuchamos por el ruido del mundo: la voz de Dios.

Cuando ponemos las manos en el pecho, lo que hacemos es abrazar esa voz, esa chispa divina que habita en nosotros desde el principio de los tiempos. Recordamos que no estamos solos. Que no somos simplemente materia que camina. Que somos espíritu. Somos propósito. Somos hijos amados.

Recordar el camino es recordar quiénes somos. Recordar a quién escuchar es recordar quién nos amó primero.

Tal vez alguno se pregunte:

¿Por qué necesitaríamos recordar?

¿Cómo podríamos olvidar el camino o a Dios?

Pero lo cierto es que la vida es una corriente poderosa. Nos arrastra. Nos sumerge en preocupaciones, en ambiciones, en temores. Nos hace mirar más el suelo que el cielo. Más lo inmediato que lo eterno.

Olvidamos porque somos humanos.

Olvidamos porque nos cansamos.

Olvidamos porque a veces el dolor nos ciega o la alegría superficial nos distrae.

Por eso necesitamos signos. Gestos pequeños pero profundos que nos hagan volver en nosotros, que nos hagan anclar el alma en el puerto seguro de la Fe.

Las manos en el pecho son un ancla. Un recordatorio silencioso: "Aquí estoy, Dios. No quiero perderme. No quiero olvidarte."

¿Y cuál es ese camino que no debemos olvidar?

No es un camino ancho, ni fácil, ni siempre iluminado.

Es el camino de la Fe.

Es el camino de la esperanza.

Es el camino del amor verdadero.

Es el camino que nos enseñó Aquel que vino a mostrarnos cómo vivir con sentido, cómo sufrir con dignidad, cómo amar sin condiciones. Un camino que no siempre es aplaudido, que muchas veces implica remar contra la corriente, que nos pide renuncias, paciencia y perseverancia.

Poner las manos en el pecho es decir:

"Sí, Señor. Aunque a veces me canse, aunque a veces dude, no quiero perder este camino que me lleva a Ti."

¿Y a quién debemos escuchar?

En este mundo de voces gritadas, de promesas de éxito fácil, de caminos rápidos, es muy fácil dejarse llevar por las voces

equivocadas.

La voz que debemos escuchar no es la más ruidosa. No es la que ofrece atajos.

Es la voz que habla en lo íntimo, en la calma, en el silencio.

Es la voz que nos llama por nuestro nombre, que no nos juzga por lo que fallamos, sino que nos invita a levantarnos y a seguir.

La voz de Dios no nos grita. Nos susurra al alma.

Y para escuchar ese susurro, necesitamos callar el mundo de afuera... y también nuestro mundo interior.

Poner las manos en el pecho es una manera de decir:

"Silencio, mundo. Quiero escuchar a quien me creó. Quiero escuchar a quien me sostiene. Quiero escuchar la voz que nunca miente."

Permítannos contarles una pequeña historia.

Es la historia de un hombre llamado Tomás.

Tomás era un hombre de ciudad, acostumbrado al ruido, a los compromisos, a las reuniones constantes. Durante años, corrió detrás de sus sueños, buscando prestigio, dinero, éxito. Y lo consiguió.

Pero algo dentro suyo siempre estaba inquieto. Una sensación de vacío, de que algo le faltaba.

Un día, agotado, decidió irse a pasar unos días al campo. Allí, sin internet, sin teléfono, sin distracciones, de pronto empezó a

sentir algo que hacía mucho no sentía: el silencio.

Al principio lo desesperó. No sabía qué hacer. Se sentía incómodo.

Pero luego, en ese silencio, empezó a escuchar su propio corazón.

Y en el fondo de su corazón, percibió una voz que no era la suya.

Una voz que le decía:

"Tomás, estoy aquí. Siempre estuve. Solo estabas muy ocupado para notarlo."

Lloró.

Lloró como un niño.

Y puso sus manos en el pecho, como abrazando ese momento de encuentro con Dios que había postergado tanto tiempo.

Desde entonces, cada vez que Tomás sentía que la vida lo arrastraba otra vez, simplemente detenía todo, ponía sus manos en el pecho y recordaba:

"El éxito no es lo que tengo. El éxito es no perder el camino y no dejar de escuchar a Dios."

No hacen falta grandes discursos, ni gestos grandilocuentes. A veces, un gesto tan simple como poner las manos en el pecho puede transformarlo todo.

Puede ser nuestra oración silenciosa. Nuestro acto de humildad.

Nuestra confesión sin palabras de que necesitamos ayuda. De que no podemos solos.

Nuestro reconocimiento de que no somos dioses de nosotros mismos, sino hijos en camino hacia el Padre.

Cada vez que la vida nos confunda, pongamos las manos en el pecho.

Cada vez que el dolor nos nuble, pongamos las manos en el pecho.

Cada vez que la soberbia nos tienta, pongamos las manos en el pecho.

Y recordemos:

"No estoy solo. Hay un camino. Hay una voz que me guía. Hay un amor que no me abandona."

La Fe es la brújula que no falla.

No siempre nos dice lo que queremos oír. No siempre nos lleva por el camino más fácil.

Pero siempre nos lleva a casa. Siempre nos lleva al Amor.

Poner las manos en el pecho es también una forma de renovar nuestra Fe.

De reafirmar que, aunque no veamos todo el camino, confiamos.

De reafirmar que, aunque la oscuridad parezca más fuerte, sabemos que la luz no ha sido vencida.

Así que, si algún día nos ven caminando, en medio de una jornada difícil, y de pronto nos ven detenernos, cerrar los ojos y poner nuestras manos en el pecho, que no se sorprendan.

No estamos tristes.

No estamos cansados.

Estamos recordando.

Estamos reafirmando nuestra Fe.

Estamos escuchando la voz que nunca nos falló.

Estamos abrazando el camino que nos lleva a la Vida.

Si nos ven con las manos en el pecho, sepan que es porque no queremos olvidar el camino. Porque no queremos dejar de escuchar a quien siempre nos habla de amor, de esperanza, de eternidad.

Que cada uno de nosotros, cada día, haga el gesto sencillo y profundo de volver el alma a Dios.

Que cada uno de nosotros no tema detenerse, callar el mundo, escuchar el susurro del Amor.

Que cada uno de nosotros encuentre en su pecho, no solo un corazón latiendo, sino un alma viva, abrazada por Dios.

Hoy, mañana y siempre: manos en el pecho, alma en el cielo, pies en la Tierra caminando con Fe.

En cada oración de la hermana Teresa, nos pide, poner nuestra mano en el dolor para aliviar la materia o bien en nuestra alma para iluminarla.

Que esta ceremonia sea un comienzo de luz con nuestra mano en el pecho.

Amén.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.

